



¿POR QUÉ LOS ADOLESCENTES CONSUMEN DROGAS?

Hernando Alberto Bernal

Docente-investigador del Programa de Psicología-Funlam
Magíster en Ciencias Sociales y Humanas de la U. de A.
Psicólogo U.S.B.
Psicoanalista

“No hay ninguna otra definición de la droga que ésta:
es lo que permite romper el casamiento con la cosita de hacer pipí”
Jacques Lacan (1975, p. 9)

La respuesta a esta pregunta es compleja, como complejo es el ser humano. Son muchos los factores y causalidades a tener en cuenta para poder dar respuesta a ella, y por lo tanto, variadas también serán las perspectivas y soluciones a dicha pregunta. Lo primero que hay que decir es que no sólo el adolescente consume drogas; lo hacen también los adultos y otros tipos de poblaciones, pero lo que sí se puede asegurar, es que el adolescente hace parte de la población más vulnerable al problema del consumo de sustancias psicoactivas. Y no sólo se consumen drogas; hoy vivimos en una época en la que se puede decir que se consume de todo, a tal punto que ya se habla de nuevas adicciones. Ya la adicción al alcohol y las drogas parece vieja; hoy se habla de la adicción a las nuevas tecnologías –de la cual los adolescentes sí que hacen parte–, al juego –ludopatía–, al sexo, al ejercicio –vigorexia–, al trabajo, y en fin, casi que se podría ser adicto a cualquier objeto o actividad que el mercado ofrece hoy en día o que la contemporaneidad le demanda al sujeto. Incluso, es un hecho que en la modernidad nos hemos hecho adictos a los objetos de la tecnología; vivimos pegados al computador, el celular, las consolas de juego, el GPS, los dispositivos de audio y video –mp3, mp4–, las tabletas, etc., así como en su momento nos volvimos adictos a la radio, la

televisión, el reloj, el biper, etc. La vida de todos los sujetos está atravesada hoy en día por el empuje al consumo de todo tipo de “gadgets”, convirtiendo al individuo en un consumidor que a la vez es consumido por los objetos mismos. “El consumo te consume”, dice un grafiti en una ciudad española.

Y con respecto al consumo de drogas, se puede decir también que los hombres, en todos los momentos de su historia y en todas las culturas, se han entregado al consumo de sustancias psicoactivas, solo que ahora es un problema de enormes dimensiones y de carácter global gracias, precisamente, a la sociedad de consumo y las economías de mercado en las que vivimos. Las drogas son objetos que la sociedad ha aceptado y cuyo consumo ha sido fomentado en muchas culturas, y cuando se habla de consumo, no sólo hay que pensar en las drogas prohibidas, sino también en aquellas cuyo consumo no está penalizado -alcohol, tabaco, etc.-, y las que se adquieren en cualquier farmacia y que también generan adicción -el consumo de drogas lícitas es hoy en día grave y de enormes dimensiones-.

Casi que lo que habría que preguntarse es: ¿por qué los seres humanos tendemos a ser adictos? Hoy en día casi que se podría plantear la adicción a un objeto o a una actividad como parte de las características de cada ser humano, por eso nos podemos preguntar por qué los seres humanos somos tan “adictivos”, cosa que no sucede con los animales. El acto de drogarse, entre otros, distingue al ser humano de los animales; es como si el hombre fuese por «naturaleza» un ser predispuesto a la drogadicción. Algo tenemos los seres humanos, algo hace parte de nuestro ser, que nos hace sujetos proclives a la adicción. Y si a esto se le suman las demandas de la sociedad de consumo, casi que se podría decir: ¡Todos adictos! Pero antes de dar respuesta a esa pregunta, veamos por qué los adolescentes son una población muy vulnerable al consumo, no solo de drogas, sino de todo lo que le ofrece el mercado.

Lo primero que hay que decir es que el “adolescente” como concepto es algo más bien reciente, incluso hay quienes piensan que es un invento de la modernidad, un “funesto invento”, según González (1999), que hizo su aparición especialmente con el surgimiento de la sociedad de consumo, la cual ya preveía la capacidad consumidora de este grupo. Es decir que el concepto nace a la par del surgimiento de consumismo, a finales del siglo XIX y

comienzos del XX, en la que el avance del desarrollo industrial capitalista hace posible el mercado de bienes y servicios, disponibles gracias a la producción masiva de los mismos. Y justamente, con la sociedad de consumo, es decir, con las economías de mercado y el capitalismo, surge también el problema de las adicciones a las drogas en la modernidad. Lo uno va de la mano de lo otro, o mejor, lo uno no es sin lo otro.

Resumiendo, en la cultura occidental la adolescencia es algo reciente; ella no existía antes del siglo XIX y la población de jóvenes no era objeto de interés de ningún discurso humano. Si la adolescencia produce tratados desde hace sesenta años, es debido a la nueva organización social derivada del desarrollo industrial, el capitalismo y el impacto de los medios de comunicación, los cuales han centrado la atención sobre esta franja de edad que va entre los doce y veintiún años, más o menos. Sobre todo para el mercado, el adolescente se ha vuelto objeto de particular interés; él es un consumidor en potencia que se puede manipular fácilmente con ayuda de la publicidad; ésta ha llegado al extremo de convertir la adolescencia en una “clase social”, con una “identidad”, unas costumbres, unos gustos y un “modo de ser” propios. De hecho, los mensajes publicitarios dirigidos a los adolescentes se apoyan precisamente en los aspectos críticos de este momento: la libertad y el amor, es decir, la autonomía y la sexualidad. A ello se suma la universalización de las costumbres y la caída de los valores que regían las generaciones pasadas; con este panorama los aspectos críticos de la adolescencia se han convertido en un problema que trasciende barreras sociales y culturales.

Por todo lo anterior se puede decir, entonces, que los adolescentes conforman hoy en día una población que se puede denominar de alto riesgo, ya que ellos se hayan desamparados ante las sugerencias de los medios de comunicación y el crecimiento de ideales utilitaristas. Y si están desamparados es porque en la familia ya no se comparte un saber en relación con una posición ética ante la vida y las instituciones sociales. Además, las perturbaciones que se presentan en la adolescencia, ya sea en el ámbito mental o en el comportamental, resultan muy difíciles de tratar debido a la tendencia del joven a la actuación. El adolescente es alguien que prefiere actuar antes que pensar, por eso pasa por alocado, impulsivo, irracional o insensato. Los

muchachos parecen no medir las consecuencias de sus actos, los cuales, como todo acto, cambian radicalmente su vida y su posición subjetiva: embarazos indeseados, abortos, graves accidentes, hechos delincuenciales, y por supuesto, la adicción a la droga y al alcohol; los adolescentes se constituyen, entonces, en una población muy vulnerable a la adquisición de todo tipo de adicciones.

Para el psicoanálisis la toxicomanía no constituye una categoría clínica; se trata más bien de un síntoma, y por lo tanto, no es la causa, sino una consecuencia. Esto es muy importante subrayarlo: la adicción a una droga no es el problema, sino la consecuencia de algún problema del sujeto. En términos generales se puede decir que la droga es una respuesta, una «solución» a un malestar particular del sujeto. La droga no es la causa de la adicción, como suele pensarse; la droga es la consecuencia. Sobre la causa hay una incógnita, por eso es a la causa a la que hay que apuntar.

La toxicomanía es pensada entonces como un síntoma que, paradójicamente, para el adicto se presenta como una solución para hacer frente a un sufrimiento; por eso se dice que la droga es una forma de escapar de las dificultades que plantea la existencia. Y por esto es que es importante tener en cuenta, en el momento de abordar el problema del consumo de drogas, que a cada toxicómano la droga le sirve de una forma particular. En el psicoanálisis se trabaja caso por caso, apuntando a la relación particular del sujeto con la droga; de este modo, se trata de ubicar cuál es la función y la lógica que el tóxico adquiere en la economía psíquica del sujeto.

Se puede decir, entonces, que no existe la adicción o la toxicomanía, sino que lo que existe son las adicciones y las toxicomanías, es decir, los adictos y toxicómanos, uno por uno, en su singularidad; por eso es importante determinar la función de la droga en cada caso y el contexto social en el que se desenvuelve el adicto. Esto significa también que la solución de la drogadicción no está en separar al toxicómano de la droga; incluso hay algunos que necesitan de ella para mantener un equilibrio psíquico, y si se les quita la droga bruscamente, se puede desencadenar una crisis grave. Esto no es algo que se presente en todos los casos, ni debe ser un argumento que utilice el toxicómano para seguir con el consumo. Pero se trata de algo que de cierta manera es contrario a los parámetros de la Salud Pública, la cual tiene el

propósito de apartar a «todos» los toxicómanos de las drogas, sin pensar en la particularidad del caso. Cuando se busca apartar al drogadicto de la droga, a éste se lo trata como una víctima, y no como un sujeto responsable de sus elecciones. En este sentido es que se hace importante, desde el psicoanálisis, buscar una salida al problema del consumo que no necesariamente implique la abstinencia.

Otro aspecto importante en el abordaje de este problema, es determinar el origen de la toxicomanía en cada sujeto, el origen de la decisión de ser toxicómano. Esto significa que en algún momento de la vida el toxicómano ha decidido ser así. Y por ser una elección del sujeto, es también su responsabilidad. Se puede ilustrar con un caso: un hombre de treintena años recuerda una escena, a los nueve años, durante la Nochebuena. Su padre, que hasta entonces se había comportado como un buen padre, un padre amable, entra en su habitación y sale poco después enfurecido, rompe todos los regalos y pega brutalmente a la madre. Él no entiende qué pasó; para él no hay ninguna explicación que venga a dar cuenta del comportamiento del padre. Esta escena la recordará durante toda su infancia. En un momento de su vida – a los doce años, es decir, justo cuando iniciaba su adolescencia–, él se ve obligado a tomar una decisión fundamental con relación a esta situación de la madre pegada por el padre: «yo tenía dos posibilidades: matar a mi padre o ser toxicómano; elegí la toxicomanía». Mejor toxicómano que parricida: he aquí un ejemplo que ilustra la decisión particular de un sujeto en ser toxicómano para dar respuesta a algo que le resulta doloroso.

Ahora bien, el concepto que designa en el psicoanálisis el hecho de que un sujeto se aferre compulsivamente a un objeto, y que por lo tanto lo hace un adicto, es el concepto de goce. Se trata de un modo de adicción que va más allá del placer. “Es decir, uno se engancha con algo y puedo incluso pasar a una adicción con la comida, el sexo, el trabajo, la tele, la pantalla, el juego. Un modo de adicción que va mucho más allá del placer. Y es esta zona que designa el goce.” (Laurent, 2011 citado en Pavón, 2011)

El goce es un concepto específico de Lacan. En términos muy generales podemos indicar que el goce tiene que ver con las relaciones que establece un sujeto deseante con un objeto deseado, y el monto de satisfacción que él

puede experimentar del usufructo de dicho objeto. El término goce conjuga, entonces, por un lado, a la satisfacción sexual cumplida, y por el otro, el goce de un bien, lo que se llama «usufructo» en términos jurídicos, o lo que Marx denominó «plusvalía». El sujeto toxicómano es, en este sentido, un sujeto paradigmático de lo que es sacarle provecho a un objeto con el que se satisface sexualmente. ¿Por qué decimos sexualmente?, porque la tesis de Freud con respecto al síntoma, es que éste es una satisfacción sexual sustitutiva, es decir, que el síntoma sustituye a la satisfacción sexual. Pero en la toxicomanía no sólo hay sustitución de la satisfacción, sino que también se presenta, como dice Laurent (1988), un rompimiento con el goce fálico.

Un caso clínico expuesto por Stevens (2011) nos puede dar luces sobre este aspecto. Se trata de un sujeto que devino alcohólico al inicio de su adolescencia. Decía que eso había sucedido para no escuchar los gritos de sus padres que se peleaban; él se encerraba a tomar en el sótano de su casa mientras ellos discutían. Se volvió adicto al alcohol hasta su adultez, y en una entrevista con el psicoanalista éste le pregunto: "Durante todo este tiempo, ¿qué pasó con las mujeres?". Y él respondió que las mujeres no son ningún problema para él, que las he tenido regularmente, pero que no estaba seguro de haber paseado una sola vez con una de ellas teniéndola de la mano, mientras que a su botella siempre la tenía en la mano. Se ve claramente cómo el sujeto no se separa de su síntoma y muestra "lo que está en juego en la toxicomanía en forma predominante, es lo consumible antes que el ideal o el sexo. Es un goce que, como dice Lacan, evita pasar por "la cosita de hacer pipí". (Steven). La "cosita de hacer pipí" no es otra cosa que el goce fálico y la expresión "ruptura con el goce fálico" Lacan la utiliza para pensar las psicosis (Laurent, 1988). En las psicosis no sólo hay ruptura con el goce, sino que hay ruptura de la identificación paternal, es decir, en términos de Lacan, forclusión del Nombre del Padre. El Nombre del Padre es el significante que inscribe en el inconsciente del sujeto, la Ley de prohibición del incesto y la castración simbólica. En la psicosis, esta inscripción falta, está precluída, nunca se presentó, y entonces tenemos la psicosis.

Lacan se va a preguntar, entonces, si la ruptura con el goce fálico implica la forclusión del Nombre del Padre. "Seguramente la utilización de tóxicos lleva a pensar que puede haber producción de esta ruptura con el goce

fálico, sin que haya por lo mismo forclusión del Nombre del Padre” (Laurent, 1988, párr. 8). Esto quiere decir que el toxicómano que es psicótico es diferente del toxicómano que no lo es, y que la función que cumple la droga en estos dos tipos de sujetos es diferente. En la psicosis la droga puede cumplir una función de suplencia, y esto significa que la droga le sirve al sujeto psicótico para estabilizarse, para no desencadenar la psicosis como tal. Este punto es bien problemático, de ahí la importancia del diagnóstico diferencial, y es que si se le retira la droga a un psicótico, droga que en él cumple una función de suplencia, a este se le puede desencadenar una psicosis esquizo-paranoica, con todo lo problemático que es esto. El goce de la sustancia puede ser el retorno de ese goce extraído del Nombre del Padre (Laurent). Entonces, lo mejor es dejar que el sujeto siga consumiendo antes que pasar a desintoxicarlo. No se trata simplemente de separar al toxicómano de la droga; hay algunos que necesitan de ella para mantener un equilibrio psíquico, y si se les quita la droga bruscamente, se puede desencadenar una crisis grave. Esto no es algo que se presente en todos los casos, ni debe ser un argumento que utilice el toxicómano para seguir con el consumo. Pero se trata de algo que de cierta manera es contrario a los parámetros de la Salud Pública, la cual tiene el propósito de apartar a «todos» los toxicómanos de las drogas, sin pensar en la particularidad del caso.

Algo que caracteriza a los toxicómanos psicóticos es que son sujetos que no se presentan bajo el modo “yo soy toxicómano” (Laurent, 1988). Ellos son diferentes a los sujetos neuróticos que sí se presentan así, identificados a su síntoma, lo cual le ayuda al drogadicto a hacerse a una «identidad» en la medida en que hay una «identificación» con el objeto-droga. «Ser alcohólico» o «ser drogadicto» es tener ya asegurada una identidad, un lugar en el mundo, a la vez que recurrir a una sustancia psicoactiva le cierra al drogadicto el acceso a la cuestión de resolver su «identidad» como hombre o como mujer. De cierta manera, cuando la droga brinda una respuesta al nivel de la «identidad», el sujeto se aparta de la pregunta por su «identificación» sexual. Esta es otra manera de decir que el sujeto toxicómano rompe con el goce fálico.

El psicótico que consume alguna sustancia, se puede decir de él que para nada es toxicómano. Su goce está, como dice Laurent (1988), perfectamente limitado; además, ellos escapan a las leyes del mercado, ya que

ellos quieren algo específico. La mayoría de los toxicómanos no quieren algo preciso, sino que consumen lo que el mercado les ofrece, dependiendo de la mercancía que esté circulando o del lugar donde se encuentren; puede ser cocaína, cannabis, crack, heroína, opio, no importa. Esto es algo que caracteriza al toxicómano: toma lo que haya en el mercado, toma lo que se presenta. Y es un drama, dice Laurent, “porque cuando la policía logra eliminar ciertos mercados abiertos, zonas de producción, otra se presenta inmediatamente, y en el fondo eso cambia. Esta es la idea justamente, que la ruptura con el goce fálico suprime las particularidades” (Laurent).

Esta supresión de las particularidades en la toxicomanía tiene su importancia, sobre todo respecto de la estructura perversa. Se puede sostener con toda seguridad (Laurent, 1988), que el toxicómano no es un perverso, ya que la perversión supone el uso de las particularidades del fantasma. El fantasma, en el psicoanálisis, es la manera singular que tiene un sujeto de gozar o hacer uso de un objeto que satisface la pulsión sexual, y cuando se habla de fantasma hay que incluir en él a la castración. La perversión supone el uso del fantasma –es la estructura donde mejor se puede ver esto–, en cambio, en la toxicomanía, hay un uso del goce por fuera del fantasma. Es una especie de cortocircuito, dice Laurent, en el que la ruptura con el “pequeño pipí” tiene como consecuencia que se puede gozar sin fantasma.

Gozar sin el fantasma tiene otra consecuencia para el toxicómano, y es que para él lo legal o lo ilegal no le concierne. Lo ilegal no es una atracción para el toxicómano en tanto que tal. Seguramente para algunos drogadictos la ilegalidad es importante en el momento de elegir la droga que va a consumir, pero para el toxicómano lo ilegal o legal no le dice nada (Laurent, 1988). Esta es otra de las consecuencias de esa ruptura con la castración, ya que la castración implica la ley, y la ley es la que hace al trasgresor. Sin ley no hay trasgresión. Esta consecuencia trae, a su vez, otra consecuencia con respecto a la legalización de la droga, tema en el cual se piensa ahora bastante, y es la siguiente: legalizar la droga no traería ninguna consecuencia en el consumo. Habría sí cambios a nivel del mercado y las ganancias, pero la legalización no serviría como tratamiento para el consumo. Publicaciones como *The Economist* ha apoyado recientemente por la legalización de la droga, ya que los economistas saben perfectamente que dicha legalización hace decaer los

grandes beneficios que ella produce a los narcotraficantes de un pequeño país que logra inundar a todo el planeta con su tóxico (Laurent, 1998). Dice entonces Laurent que a la droga hay que legalizarla para que ella no beneficie más a nadie más. Además, esta sería la única forma de reducir los daños que su consumo produce.

Ahora bien, como las leyes del mercado regulan los precios de la droga, ella inunda dicho mercado, que ahora es globalizado. Esto tiene como efecto la integración del mercado único de los goces, es decir, que todo el mundo goza de los mismos objetos de consumo, lo cual uniforma el goce, haciendo insoportable un goce diferente, borrando las diferencias. Esto tiene como efecto en el mundo, como señala Laurent (1998), fenómenos de segregación y de racismo. Dice Laurent:

Cómo la forma "Estado" podrá hacer coexistir goces diferentes sin que se susciten estos fenómenos de odio racial, es la apuesta decisiva en la cual vivimos. Y bien, me parece, más allá de la forma "Estado", es decir el mercado único, él, se coloca en la perspectiva, de un goce uno, más allá de estos goces diferentes. Es lo que hace, después de todo que un solo país pueda ser el productor de droga para el universo entero y producirla en cantidad suficiente: no hay ningún obstáculo industrial para esto, la cocaína puede ser producida en cantidad suficiente para satisfacer el consumo mundial." (1998).

Resumiendo, la toxicomanía no es una estructura clínica particular; es más bien un síntoma que tiene una función diferente en cada una de las estructuras, por eso es muy importante abordar el caso por caso. En este sentido, no existe la toxicomanía, sino los sujetos toxicómanos. También es frecuente encontrar desencadenamientos de psicosis en sujetos a los que se les priva de su adicción, lo cual hace delicado el tratamiento de dichas adicciones en sujetos prepsicóticos. Y por último, Lacan va a poner el acento en el borramiento del saber del inconsciente, el borramiento del goce sexual. Hay un rechazo del inconsciente por parte del sujeto adicto, lo que supone, a su vez, separarse de la relación con el pene, con el goce fálico (Aksenchuk, 2006). Por otra parte, el sujeto drogadicto es el paradigma de la relación del sujeto moderno con el objeto de consumo, un sujeto que depende esencialmente del modo de gozar actual, un goce que depende de la relación establecida entre el mercado y el capitalismo, y que permite la explotación del deseo humano cuando el mercado le promete al sujeto toda una serie de objetos que colmarían su deseo. Con el mercado se desencadena un

consumismo alocado que hace del sujeto drogadicto un sujeto pegado a su objeto de goce, aislándolo de todo lazo social y asegurándole su lugar como toxicómanos.

Bibliografía.

- Aksenchuk, R. (2006) Toxicomanía y psicoanálisis. Del goce globalizado a la ética de la diferencia. *Pisikeba. Revista de psicoanálisis y estudios culturales*. Recuperado de <http://www.pisikeba.com.ar/articulos/RAtoxicomania.htm>
- Gonzales, C. (1999) ¿Adolescencia o adolescencias?...Representaciones y contextos, Memorias del V Seminario-Taller. Capítulo (...) Un Funesto Invento Moderno: Su Majestad el Joven. Ed. Instituto Jorge Robledo, Medellín.
- Lacan, J. (1975). Jornadas de estudio de los carteles en la Escuela Freudiana de París. Buenos Aires: Biblioteca de psicoanálisis "Oscar Masotta".
- Laurent, E. (1988). Tres observaciones sobre la toxicomanía. TYA (Toxicomanías y alcoholismo). *Asociación Mundial de Psicoanálisis*. Recuperado de http://www.wapol.org/pt/las_escuelas/TemplateImpresion.asp?intPublicacion=4&intEdicion=1&intIdiomaPublicacion=9&intArticulo=168&intIdiomaArticulo=1
- Pavón, H. (2011, 14 de julio). La pregunta de la época es: ¿Qué vas a hacer hoy para gozar más? *El Clarín*. Recuperado de http://www.clarin.com/sociedad/pregunta-epoca-vas-hacer-gozar_0_406759351.html
- Stevens, A. (2011, 19 de enero). Nuevos síntomas en la adolescencia. *El Psicoanálisis Lacaniano en España*. Recuperado de http://www.blogelp.com/index.php/nuevos_sintomas_en_la_adolescencia_alex